

## POR LA INTENSIFICACION DE LA INVESTIGACION CIENTIFICA Y DE LA FORMACION HUMANISTICA EN LAS UNIVERSIDADES

ALFREDO D. CALCAGNO (*París*)<sup>1</sup>

Con una pena inmensa hube de interrumpir mi participación después del primer día de trabajos en el Comité de Verificación de Poderes de esta undécima Conferencia General. Sobreponiéndome a mi mal, he querido venir a colaborar en las últimas decisiones de esta magna asamblea. Me siento vinculado a la Unesco por lazos muy estrechos y he vivido en ella intensamente estos dos últimos años. Sólo mi fe y mi confianza en los destinos de nuestra Organización han podido darme fuerzas para venir esta tarde a trabajar a vuestro lado.

La Unesco fue, desde su iniciación, y sigue siéndolo, una gran esperanza de la humanidad para ayudar a forjar un mundo mejor. Tal es el pensamiento y tal es el sentimiento de todos los señores embajadores, delegados y representantes ante esta reunión extraordinaria.

La Unesco debe seguir y ampliar su trayectoria benéfica por encima de todas las contingencias y de todas las vicisitudes. Hemos de aceptar complacidos las críticas constructivas, recibiendo con buena fe las observaciones y las objeciones fundadas — aunque nos duelan —, procurando corregir sus causas, y, asimismo, hemos de esforzarnos por ilustrar a los que no comprenden o no quieren comprender, o proceden con injusticia.

El programa de nuestra Organización tiende, ante todo, a *dignificar al hombre*. ¿Cómo puede dignificarlo? Defendiendo sus derechos, luchando contra la miseria y la ignorancia, reafirmando la confianza en las ventajas de la democracia, contribuyendo a la liberación espiritual

<sup>1</sup> El Dr. Alfredo D. Calcagno es actualmente Embajador de la República Argentina ante la Unesco. Este es el texto de su discurso en la Sesión Plenaria del 14 de diciembre de 1960 de la XI Conferencia General de la Unesco, al tratarse el capítulo de Ciencias Exactas y Naturales del programa y presupuesto de la Institución para 1961-1962. (*N. de la D.*)

de los pueblos oprimidos, ampliando las posibilidades de la criatura humana. Pero, además, su programa de acción debe tender a asegurar a todos los pueblos su participación en el movimiento ascensional de la humanidad y, desde luego, en su progreso científico y cultural, propendiendo a la preparación de mentalidades capaces de asegurar, con inteligencia y noble afán, la participación de cada nación, de cada pueblo, en la gran empresa que caracteriza a esta hora de avances prodigiosos. Nuestros pueblos no quieren ser meros espectadores de esta gigantesca campaña, de esta verdadera cruzada por la conquista del orbe: éste es el aspecto del programa de la Unesco en Ciencias Exactas y Naturales, del que quiero ocuparme brevemente.

Se ha hablado extensamente, a lo largo de esta undécima Conferencia, de los Proyectos Principales que ha arbitrado la Unesco para asegurar las etapas iniciales de su programa de acción. Hasta ahora, el mayor esfuerzo se ha consagrado a difundir la ilustración, a extender los beneficios de la instrucción pública al mayor número de niños y de hombres. En estos dominios, es decir, en cuanto atañe al desarrollo de la instrucción primaria, mi país ha alcanzado un nivel en muchos aspectos comparable al de las naciones más adelantadas.

La Argentina fue alfabetizada por la labor persistente de cinco generaciones de educadores y estadistas que aplicaron el esfuerzo nacional a la formación de maestros y a la creación de escuelas. Entre todos ellos, tuvimos entonces la gloria de contar con la acción denodada y fecunda de una de las más grandes figuras de la Educación en el mundo: Domingo Faustino Sarmiento, cuyo sesquicentenario será evocado el 15 de febrero de 1961 en una celebración continental que será una magna apoteosis. Nuestro genial educador encendió el entusiasmo de sus conciudadanos y de nuestros hermanos de Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay para conseguir el mejoramiento de las gentes por la educación; su obra no ha tenido par en nuestra América. En 1888, cuando sus restos mortales bajaban desde la Asunción del Paraguay hasta Buenos Aires por el gran río Paraná, cinco banderas cubrían su féretro: era el tributo que los países hermanos rendían a este gran benefactor de la humanidad.

Pero no basta con el progreso de la enseñanza primaria. En el proceso vertical de la educación, desde el Jardín de Infantes hasta los más altos grados académicos, el hombre va integrando su personalidad, en

forma tal, que ninguna de las etapas deja de ser fundamental para su actuación futura. Pero las últimas son las que hacen del individuo un elemento irradiador de la cultura, capaz de beneficiar a sus conciudadanos con aportes insospechados, trasmutando la ciencia en felicidad colectiva.

Los países insuficientemente equipados, y, mejor aún, los que están en vías de figurar entre las naciones bien provistas, no pueden esperar a que se extirpe el analfabetismo para pensar en incorporar gente suya a los promotores de esta nueva edad atómica. No pueden esperar a que un alto porcentaje de sus niños aprenda a leer y se eduque, para recibir entonces una instrucción realmente superior, que les permita tener sus equipos de técnicos, hombres de ciencia y estadistas. Precisamente, son esos sabios, esos técnicos y esos estadistas, los que han de extirpar de raíz el analfabetismo en sus propios países, y su preparación inmediata es quizá la forma más eficaz de romper el círculo vicioso del atraso cultural.

La acción indispensable pero lenta de la alfabetización se diluye si falta el impulso dinámico y expansivo de los centros superiores de cultura. Insisto en ello: está bien que la Unesco dedique todos los recursos posibles a la alfabetización; pero no debe olvidar otra acción más rápida, menos costosa y muy efectiva: contribuir a la formación humanista y científica de cuadros superiores, para que con sentido nacional impulsen el desarrollo de sus países.

El impacto de la Unesco debe ser doble; alfabetizar a los niños para el porvenir; pero también promover sin demora núcleos rectores en la cultura, en las humanidades modernas y en la ciencia, que suministren a los países en lento proceso de desarrollo sus cuadros técnicos y políticos.

La dolorosa experiencia actual de algunos países recién nacidos a la vida independiente, nos lleva a asegurar que cada centro de formación científica, técnica y política que la Unesco promueva será, para el futuro, un batallón menos de "casco azul" de las Naciones Unidas. Los hechos nos han enseñado que la tijera que corte el atraso cultural debe tener dos lemas sobre sus hojas: uno, "alfabetizar", y otro, "formar equipos técnicos y políticos".

Quiero señalar como una necesidad urgente el desarrollo de los altos niveles de la ciencia, porque el progreso científico se gesta en los niveles superiores, no se conquista de abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo. Han sido las mentes privilegiadas y las grandes instituciones científicas las que han impulsado el progreso de la ciencia y de la cultu-

ra. Las naciones que han puesto con mayor intensidad el acento sobre las grandes conquistas científicas, son las más adelantadas, en esta hora excepcional de la humanidad, en que se inicia una nueva era histórica. La designación de este período histórico la darán nuestros remotos descendientes; pero es indudable que ya está marcada la separación entre lo que fue la edad mal llamada contemporánea y esta era atómica que nos lleva hacia horizontes insospechados.

Así como la gente no se detiene a pensar en el misterio que encierra el televisor que usa a diario, ni la ingente suma de esfuerzos que ha costado lograr ese prodigio, tampoco imagina, y ni siquiera se pone a meditar sobre la enorme suma de esfuerzos, de consagración, de inteligencia, de espíritu inquisitivo, de pasión inventiva y descubridora, de genio, en suma, que se requiere para lanzar al espacio un Spoutnik o un Discoverer, determinar su órbita y dar órdenes al satélite de modo que la cápsula se desprenda en tal sitio de su recorrido para caer en tal lugar del océano y ser recogida en vuelo por un avión que va en su busca, como si aquélla fuese un punto fijo del firmamento.

Contribuir a preparar mentalidades capaces de realizar las hazañas y las grandes conquistas de esta edad atómica, es también tarea fundamental de la Unesco y atañe directamente al programa de esta Organización destinada a trabajar por la Educación, la Ciencia y la Cultura.

La piedra filosofal, no es hoy la que transmuta el metal vil en oro; es la piedra de toque, que en el misterio de los laboratorios y plantas de experimentación, logra que las mentes humanas alcancen prodigiosas conquistas. Vivimos, desde hace quince años, una nueva edad histórica, y somos testigos de la evolución extraordinaria que ha experimentado la concepción del mundo en la mente de los hombres en estos tres lustros de transformaciones portentosas. ¿Acaso, hace quince años, sospechaba alguien que pudiera considerarse científicamente, y no como una mera elucubración con cierta reminiscencia de Julio Verne, la posibilidad inmediata para la década de 1961-1970 de lanzar a los hombres a la conquista de los mundos?

Los pueblos menos favorecidos, quieren participar también en esta bullente transformación diaria que está sufriendo la humanidad; por eso afirmamos, como derecho fundamental de esta nueva sociedad mundial, el acceso de todas las naciones a las formas más evolucionadas de la Educación, la Ciencia y la Cultura. Y la Unesco, como Organización encargada de promoverlas y difundirlas, debe ocuparse de todos sus as-

pectos, de los generales y de los parciales, de los humanistas y de los científicos, de los viejos problemas y de las nuevas perspectivas. No pedimos que estos pueblos nuestros — y hablo especialmente de los latinoamericanos, aunque debo referirme a muchas otras naciones en idéntico estadio de desarrollo — obtengan Institutos especiales que les permitan competir, ni siquiera ponerse en algunos aspectos al nivel de las grandes potencias. Pero aspiramos a que nuestras Universidades y los grandes Institutos ya existentes, reciban el apoyo y el auxilio que les permitan mejorar los planteles y perfeccionar los laboratorios, lograr la colaboración de grandes maestros, “incentivar” la formación de mentalidades jóvenes con vocación científica, favorecer la creación de un clima cultural que permita decisivos adelantos. Necesitamos en América Latina grandes centros de investigación y de formación de mentes aptas para servirlos con capacidad y eficiencia.

La Delegación de la República Argentina pide al Director General y a los Jefes de los Departamentos respectivos, interpreten este pensamiento de colaboración con los ideales de la Unesco y que, dentro del amplio margen de acción que les confiere el Programa y Presupuesto de este organismo, satisfagan tan alto anhelo, que aparece fundamental para cumplir cabalmente las finalidades de nuestra Institución.

Estamos aquí reunidos los representantes de casi cien naciones. La suma de esfuerzos, de abnegación y de sacrificios que se requirió para que la mayoría de nuestras patrias alcanzara su independencia, supera todos los cálculos. La sangre que hoy se vierte sobre tantas parcelas de la Tierra, la derramaron también nuestros mayores por idénticos ideales. En todos nuestros países se reconocieron progresivamente los derechos humanos, cuya conquista hubiera sido imposible sin el renunciamento, la generosidad y el holocausto de millares de hombres. La labor eminente de instruir colectividades, impulsar la ciencia, y difundir la cultura, que es rectora en el comienzo de una nueva era del progreso humano, tiene una dimensión que reclama y merece el mismo espíritu, análoga pasión y tanto amor como la de construir una nacionalidad y afianzar en ella los derechos humanos.

Estamos frente al reflorecimiento de la ciencia considerada como una religión, que también necesitó y necesita sus apóstoles y sus mártires, como todas las que se impusieron en el transcurso de la historia. Que ese espíritu inspire la ejecución del programa de la Unesco.